

ALGUNOS ASPECTOS DE LA LUCHA POR LA VERDAD

POR

GABRIEL DE ARMAS.

La verdad, preocupación de minorías.

Creo que fue Bossuet quien dijo que la verdad es un bien común, y aquel que la posea la debe a sus hermanos, los hombres. Hoy, sin embargo, la verdad no goza del favor y de la estimación pública. ¿Quizá se la teme? ¿Quizá se la odia? ¿Quizá se la desprecia? Es cierto, por otra parte, que hablar de la verdad, defender la verdad, amar entrañablemente la verdad, morir heroicamente por la verdad, no ha sido nunca objetivo polarizador de grandes corrientes de opinión. Más bien, de minorías equilibradas y discernidoras. Por un lado, de mentes acostumbradas a los severos veredictos cribados en los juicios que guardan cierto rigor científico. Por otro, de corazones bien purificados por la fe. Son los santos, fundamentalmente, los que fabrican sobre dogmas y no sobre movedizas opiniones, los grandes paladines de la verdad ... Así, pues, la verdad, a través de la Historia, ha podido ser: para unos, materia absoluta de indiferencia; para otros, blanco de incontenibles odios; para los menos, cruzada permanente de amor (véase Apéndice I).

Campaña actual contra la verdad.

No obstante, hay que reconocer que, en estos últimos tiempos, se ha desatado, como en turbión furioso, una campaña sistemáticamente dirigida y orquestada contra la verdad. Cualquier mediano observador está conforme en detectar este fenómeno.

El santo Abad de Nuestra Señora de Getsemaní, el converso Thomas Merton, dejó escritas estas precisas palabras: "La verdad es una realidad en sí misma, considerada como el objetivo del intelecto. La verdad que el hombre necesita conocer es la realidad trascendente de la que las verdades particulares son meras manifestaciones parciales" (1).

Pues bien; contra esta verdad trascendente, que desemboca en lo absoluto, contra la que nos conduce necesariamente al *unum necessarium* evangélico, se proclama hoy, en un ambiente de violenta beligerancia, lucha abierta y sin tregua. Y es tan intenso y sutil, a la vez, el vendaval que la combate, que Juan XXIII dedicó su primera encíclica, *Ad Petri Cathedram*, a este tema. Efectivamente, el 29 de junio de 1959, ante una gran expectación, que pronto se tradujo en silencio conspirador de hondas traiciones, el Papa nos decía sin ambages:

"La causa y raíz de todos los males que, por decirlo así, envenenan a los individuos, a los pueblos y a las naciones, y perturban las mentes de muchos, es la ignorancia de la verdad. Y no sólo su ignorancia, sino, a veces, hasta el desprecio y la temeraria aversión a ella. Sin embargo, Dios nos ha dado una razón capaz de conocer la verdad natural. Si seguimos la razón, seguimos a Dios mismo, que es autor y a la vez legislador y guía de nuestra vida; si al contrario, o por ignorancia, o por negligencia, o — lo que es peor— por mala voluntad, nos apartamos del recto uso de la razón, nos alejamos, por lo mismo, del Sumo bien y de la recta norma de vivir" (2) (véase Apéndice II).

El 22 de diciembre de 1960, en su mensaje navideño, vuelve el Santo Padre a hablar a los fieles acerca de la verdad y afirma que existe "como una conjura diabólica" contra la misma (3).

(1) Thomas Merton: *Ascenso a la verdad*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1958; pág. 20.

(2) Juan XXIII: *Ad Petri Cathedram*. Núm. 30 de la Colección Ecclesia, 1959; pág. 4.

(3) Juan XXIII: Radiomensaje de 22 de diciembre de 1960. *Ecclesia* núm. 1.016 de 31-XII-1960.

Una frase de Donoso Cortés.

Esta conjuración diabólica crece por momentos. Quizá las palabras iluminadas que pronunciara Donoso Cortés en la mitad del siglo XIX, resulten ya un pálido reflejo de la dramática realidad que vivimos los hombres de la segunda mitad del siglo XX:

“Si en los primeros siglos de la creación la confusión de lenguas produjo la confusión de las ideas, ahora parece que la confusión de las ideas va a dar por resultado la confusión de todas las lenguas” (4).

La verdad, traicionada.

El combate contra la verdad está agravado hoy por una circunstancia singular: la traición interna.

Y es que, antes, los ataques más duros y frontales provenían siempre del campo enemigo. Es decir, de los oponentes, de los que, bien por ignorancia, bien por malicia, conservaban una postura de enfrentamiento. Postura equivocada, sí, pero gallarda al fin. A veces, honesta. Ahora, no. Ahora los ataques a la verdad parten del campo de la verdad misma, donde se encastillan los desertores que no pueden con ella, los Judas que la venden, los viles traidores que quieren, a toda costa, fingir que permanecen en su reducto, para desde dentro, sin sujeción a norma alguna objetiva, minar sus fundamentos, desfigurar su rostro, *autodemolerla* con complacencia más que satánica... Da la impresión de que el propio Lucifer, padre de la mentira (5), es quien formula las consignas a estas impúdicas huestes, cuyo santo y seña es la apostasía, la deslealtad y el perjurio, adobados con el más depravado de los cinismos. Jamás se ha registrado en la Historia

(4) Donoso Cortés: *Obras Completas de B.A.C.* Madrid, 1946. Tomo II; pág. 677.

(5) Jon.: VIII, 44.

tan variada gama de intrigas, de alevosas estratagemas, de artificiosas perfidias, de taimadas deserciones, con apariencia incluso de celo apostólico.

¿Moralidad sin verdad?

Ahora bien; si la acción es consecuencia de la idea; si el pensamiento es precedente normal del acto; si la conducta no es más que un derivado lógico de la doctrina; si la virtud no es, en definitiva, otra cosa que un reflejo de la verdad... ¿por qué nos atrevemos entonces a hablar de depravadas costumbres, si se ha dejado zarandear esta verdad, masacrándola impunemente, desarraigándola de las almas, cuando era ella precisamente —y únicamente ella— el fundamento inexcusable de toda norma ética, individual y colectiva?

¡Qué insensatez! De un caos ideológico sólo cabe esperar una moral en ruinas.

Por eso, tenemos que gritar, siguiendo los consejos de la nueva Doctora de la Iglesia, Santa Catalina de Siena: ¡culpables, sí, culpables, los que debieron ser guardadores fieles del depósito de la verdad y no lo hicieron, escudándose en especiosas razones!

Porque también lo dijo ya Juan XXIII: "Es culpable no solamente aquel que desfigura deliberadamente la verdad, sino que lo es igualmente quien, por temor de no parecer completo y moderno, la traiciona por una actitud ambigua" (6).

Enrique VIII y Crammer, dos figuras actuales.

La torpe y despreciable figura de Enrique VIII está de moda. Recordemos que él escribe contra Lutero una obra en defensa de los Sacramentos, circunstancia que le vale el título papal de Príncipe Defensor de la Fe. Pero, ¡ah!, cuando esa misma fe,

(6) Juan XXIII: Radiomensaje ya citado.

con tanto tesón defendida, por lo menos en apariencia, se convierte en un obstáculo molesto a sus concupiscencias, cuando se traduce en un valladar insalvable a sus bajos apetitos libidinosos, salta por encima de ella e inventa "su credo", en el que pueda caber impunemente todo el cúmulo de sus nuevos desvíos y resentimientos. Crammer, sacerdote rijoso y sin escrúpulos, "teofanto" de innovaciones avanzadas, justificará teológicamente (o teofánticamente), con pérfido interés personal, cuanto el rey le propone ...

Hoy, cada católico, a la vuelta de la esquina, puede encontrar un Crammer que le induzca al desprecio de la fe y le anime a la práctica de la inmoralidad. También la traición a la verdad se ha hecho ecuménica y puede trenzarse de ecumenismos fingidos. Y no podemos dudar de que la soberbia vanidad de Nietzsche ha encontrado ecos y resonancias perversas en los sacerdotes contestatarios y progresistas de nuestros días. Caminamos, pues, hacia una gigantesca vanidad universal, donde el hombre, mono de Dios, se complace en presentarse como el máximo creador de sí mismo y de su verdad inmanente y subjetiva.

Mendaces justificaciones.

Pieter Van Der Meer de Walcheren había escrito, con profundidad, en su obra "Nostalgia de Dios":

"... casi todos los hombres tienen una filosofía de la vida que adaptan perfectamente a su propio temperamento y carácter, de forma que para cada acción equivocada tienen preparado un argumento que la justifique!" (7).

Es natural. Cuando el culto al valor objetivo de la Religión se subjetiviza; cuando el hombre se inclina reverente ante "su verdad" y no ante la verdad; cuando se hace depender ésta del hombre y no viceversa; cuando todo es inmanencia desconectada

(7) Pieter Van Der Meer de Walcheren: *Nostalgia de Dios*. Ediciones Carlos Lohlé. Buenos Aires, 1955; pág. 62.

de los trascendentes principios que brotan del Verbo, Luz del mundo ...; las motivaciones se confunden con los apetitos y las convicciones se quiebran y, al fin, periclitán ...

Integrista e intransigencia en la verdad.

¿Quién es capaz de defender la verdad sin convicciones? Ello no es posible. Quiérase o no, guste o no guste, la intransigencia es una necesidad ontológica en la defensa de la verdad. Por eso, el irenismo que Pío XII condenara en su inmortal *Humani Génensis* (12 de agosto de 1950), ha vuelto a ser señalado, como un enemigo común, como peligrosa desviación, en el camino de la verdad, por los Papas que le han sucedido y por los decretos conciliares del Vaticano II.

Juan XXIII en su *Mater et Magistra* (14 de mayo de 1961) advirtió que los católicos, en sus relaciones y diálogos con los no católicos, "... han de tener cuidado de ser siempre coherentes consigo mismos, de no admitir posiciones *intermedias* que comprometan la *integridad* de la religión o de la moral".

Este texto aparece de nuevo, como advertencia ratificada por su excepcional importancia, en su *Pacem in Terris* (11 de abril de 1963).

Paulo VI, desde los comienzos de su Pontificado, dio la voz de alarma contra este irenismo devastador. En su *Ecclesiam Suam* (6 de agosto de 1964) nos pone en guardia contra él: "El apostolado no puede *transigir* con una especie de compromiso ambiguo respecto a los principios de pensamiento y de acción que deben definir nuestra profesión cristiana. El irenismo y el sincretismo son en el fondo formas de escepticismo respecto a la fuerza y al contenido de la Palabra de Dios que queremos predicar".

Y más adelante añade: "... no está en nuestro poder el *transigir* en la *integridad* de la fe y las exigencias de la caridad".

En su alocución del 19 de febrero de 1966, al hablar de las rutas abiertas por la fe en pro del movimiento ecuménico, vuelve

Paulo VI a decirnos que “es preciso amar verdaderamente para hacer avanzar el ecumenismo, salvando la *integridad* de la doctrina” (*Ecclesia* núm. 1.277).

La consecuencia es clara y terminante. Si no podemos *transigir* y debemos mantener la *integridad*, hemos de ser *intransigentes* e *integristas* en materia de verdad. Sería curioso, por otra parte, hacer un recuento de las veces que, en sus alocuciones, exhortaciones, documentos y encíclicas, Paulo VI ha barajado ambos términos en la única acepción que ellos tienen.

En el decreto sobre *Ecumenismo* del Concilio Vaticano II (21 de noviembre de 1964) se dice: “Es necesario que se exponga con claridad toda la doctrina. Nada es tan ajeno al ecumenismo como el falso irenismo, que pretendiera desvirtuar la pureza de la doctrina católica y oscurecer su genuino y verdadero sentido” (véase Apéndice III).

Doctrina desvirtuada por los hechos.

La Iglesia ha hablado y sigue hablando con la sabiduría del Espíritu. Sin embargo, estamos en tiempos de auténtico desbarajuste ideológico y moral. ¿Qué sucede? Aplicando la filosofía riquísima de nuestro refranero al momento presente, podríamos decir que “una cosa es predicar y otra dar trigo”.

Porque, ciertamente; el trigo que se está recogiendo (secularizaciones sacerdotales, excomunión de religiosos de ambos sexos, cierre de seminarios y noviciados, abandonos colectivos, pérdida de la fe en la juventud, caos doctrinal, retroceso en la caridad, sustituida por una especie de filantropía de la violencia) no puede ser consecuencia lógica de los enunciados expuestos...

¿Dónde está el fallo? ¿Dónde se desarticula la trabazón del engranaje doctrina-conducta?

Oigamos nuevamente al Vicario de Cristo:

“Y mientras que el sentido religioso se debilita en los hombres de nuestro tiempo, privando de esta forma a la fe de su fundamento natural, por todas partes aparecen en el campo de

la doctrina católica opiniones proféticas o teológicas nuevas, frecuentemente tomadas de filosofías foráneas, atrevidas pero ciegas. Estas opiniones ponen en duda o deforman la significación objetiva de verdades que la Iglesia enseña en virtud de su autoridad; bajo el pretexto de adaptar el pensamiento religioso a la mentalidad moderna, dejan de tenerse en cuenta las directrices del magisterio eclesiástico, se imprime a la especulación teológica una orientación radicalmente historicista, y se llega hasta despojar el testimonio de la Sagrada Escritura de su carácter sagrado, esforzándose por introducir en el pueblo de Dios un espíritu sedicente "posconciliar ..." ¿Qué quedaría del contenido de la fe ni de la virtud teologal que profesa esta fe si semejantes intentos que se sustraen a la autoridad del Magisterio de la Iglesia llegasen a prevalecer?" (8).

Una vez más, se pone de manifiesto la traición a la verdad.

Momentos de angustia.

No es extraño, pues, que la angustia y la ansiedad crezcan en el pueblo fiel, oprimiéndole el corazón hasta la asfixia. Pero, como dice el Libro de los Proverbios, "la angustia del corazón deprime al hombre y una palabra buena le conforta" (9).

Las jornadas de los amigos de la Ciudad Católica.

Esa palabra buena, confortadora, llave de una esperanza para un futuro no lejano, es la que venimos a escuchar, cada año, los asistentes a las jornadas de los amigos de la Ciudad Católica. Palabra de aliento que nos impele a seguir luchando, con denuedo,

(8) Pablo VI: Exhortación de 22 de febrero de 1967. *Permaneced firmes en la fe*. Madrid. 1968. Ediciones Marova; pág. 23.

(9) Proverbios: XII, 25.

sin desfallecer, con renovado aliento cada día, por la verdad. Por la verdad de siempre, por la que no cambia, por la que permanece firme e impoluta. En una palabra: por la verdad eterna.

Novedad frente a verdad.

Yo había leído, hace algún tiempo, con gran complacencia, las siguientes palabras del ilustre filósofo italiano y catedrático de Génova, Michele Federico Sciacca:

“Hoy se busca la novedad, el presente sin pasado y sin futuro, un presente perdido en la “puntualidad” del momento, sin raíces en el ayer, sin proyección hacia el mañana y, sobre todo, no considerado como imagen de la eternidad. La investigación de la verdad, nuestra vieja gloria de milenios, la hemos descargado de los hombros como un peso insoportable” (10).

Y más adelante: “Somos víctimas del presente que pasa: la manía delirante de lo nuevo nos ha “liberado” de la eternidad y nos ha confinado, esclavos de lo percedero, en el goce efímero del momento que muere en la corriente del tiempo” (11).

Estas palabras, justas y medidas, profundas, como corresponden a una de las mentes más esclarecidas de Europa en el momento actual, me recordaron aquella seria advertencia del Crisóstomo al comentar un texto de San Pablo, que cita Bossuet en su imperecedera obra “Historia de las variaciones de las Iglesias Protestantes”:

“Evitad las novedades en vuestros discursos, porque si introducís una, no será sola: una novedad produce otra; y el que ha empezado a extraviarse, estará extraviado hasta el fin” (12).

Es realmente impresionante observar cómo la Revolución ha sabido inclinar los ánimos de aquellas personas que amaron la

(10) Michele Federico Sciacca: *En espíritu y en verdad*. Escélicer, S. A. Madrid, 1955; pág. 105.

(11) Michele Federico Sciacca. *Ibidem*; pág. 106.

(12) Bossuet: *Historia de las variaciones de las Iglesias Protestantes*. Barcelona. 1852. Tomo I; pág. 19.

tradición y respetaron el pasado hacia toda clase de novedades, valiéndose de metodologías psicológicamente impecables. El cambio sistemático se abre paso, aunque vaya flanqueado por el absurdo y la temeridad. Todo es admisible y bueno si es nuevo. Todo es reprochable si es viejo. El sino de los tiempos es cambiar, cambiar ... Y, con estos cambios, predisponer al espíritu humano para seguir cambiando indefinidamente.

Naturalmente, donde hay cambio incesante y substancial, no puede existir verdad.

Los amigos de la Ciudad Católica, paladines de la verdad.

Y bien. Frente a la novedad huidiza y cambiante, peligrosamente volátil, escurridiza, evasiva y fugaz, en las jornadas de amigos de la Ciudad Católica ha resplandecido siempre, por encima de todo, el amor a la verdad. Por eso, sus miembros bien pudieran llamarse caballeros esforzados de la verdad, paladines de la verdad, gonfaloneros de la verdad ...

De esa verdad permanente, que no puede partirse, que no puede fraccionarse, siempre rigurosamente exacta y conforme a sí misma, de la que Cristo vino a dar testimonio (13) y de cuya primacía no puede ni podrá jamás abdicar la Iglesia, porque Ella es la prolongación de Cristo en el tiempo. Y porque, como dice San Pablo, aun "la caridad se alegra en la verdad" (14).

(13) Jon.: XIV, 6.

(14) S. Pablo: *Primera carta a los Corintios*, XIII, 6.

APENDICE I

Breve historia de la lucha por la verdad.

La herejía actual, el *Progresismo* antidogmático, no es, en definitiva, más que un nuevo eslabón de la lucha contra la verdad desarrollada en el seno de la Iglesia a través de su historia.

Es la disputa tenaz y constante del reino de las tinieblas contra el reino de la luz. Veámoslo someramente.

SIGLOS I Y II. En los siglos I y II, la Iglesia todavía naciente se ve obligada, no sólo a sufrir las persecuciones sangrientas, sino, lo que es más triste y desconsolador, las herejías que brotan en su propio seno. En el Concilio de Jerusalén (51) hubo de precisarse la doctrina respecto a la inobligatoriedad de la ley mosaica. Contra esta primera definición se levanta, en alarde de soberbia indisciplinada, la secta de los *Ebionistas*, que fue ardorosamente combatida por S. Clemente Romano.

Junto a estos primeros indisciplinados, surge el *Gnosticismo*, especie de sincretismo religioso. He aquí un precursor ideológico, sin duda, de tantas desviaciones contemporáneas.

Y en conjunción y maridaje con ambas, hace su aparición el *Montanismo*. Este, con su estrecho criterio soteriológico, nos deja inservible la redención de Cristo.

SIGLO III. En este siglo privan los *Antitrinitarios*, contra los que se alza, como un coloso, S. Dionisio, obispo de Alejandría. Luego, el *Maniqueísmo*, con su concepción dualista de los dos principios (el bueno y el malo) en perpetua rivalidad.

Mas, tanto *Gnósticos*, como *Montanistas* y *Maniqueos*, fueron duramente flagelados, en el terreno doctrinal, por una pléyade de hombres singulares e ilustres: S. Clemente, Ignacio de Antioquía, Policarpo de Esmirna, Ireneo de Lyon, y los apologistas S. Justino, Clemente de Alejandría, Tertuliano, Orígenes y San Cipriano, entre otros.

SIGLO IV. No anduvo, no, la pobre mente humana más atinada en el siglo IV. Unas veces, los *Donatistas*, con sus alardes rigeristas y puritanos, otras el *Arrianismo*, negador de la divinidad de Cristo. La Iglesia y sus paladines esforzados no logran una etapa de tranquilidad, de sosiego, de paz ... Alma de la lucha contra los secuaces de Arrio fue S. Atanasio, que hubo de sufrir por ello, largo destierro. También S. Eusebio, S. Hilario, San Liberio y S. Ambrosio, obispo de Milán, fueron fieles debeladores del *Arrianismo*. Herejía que alcanzó inmensa difusión y arraigo, fue condenada en el concilio de Nicea (325), presidido por Osio.

En España se manifiesta, por entonces, el *Priscilianismo*, impugnado por Santo Toribio, obispo de Astorga, y por Idacio, obispo de Mérida. Condenado en el concilio nacional de Zaragoza, celebrado en el año 380.

SIGLO V. En el siglo V —ya damos término a la Edad Antigua— entra en liza el *Pelagianismo*, con su ataque al dogma de la Redención y su pensamiento de que el hombre puede alcanzar la salvación por sí mismo sin ayuda alguna de la gracia, y con olvido manifiesto de las palabras de Cristo: Sin Mí nada podéis hacer ... San Agustín fue el gran ariete contra los pelagianos, condenados en los concilios de Cartago, Milevo y Efeso. El último gran argumento de Agustín se basó en el dogma de la autoridad jerárquica de la Iglesia: Roma habló, la causa está terminada.

Desechando el dogma de la Encarnación del Verbo, irrumpe en la vida del espíritu el *Nestorianismo*, condenado también en el concilio de Efeso. Y, por si fuera poco, el Concilio de Calcedonia (451) ha de imponer silencio con su anatema al *Eutiquianismo* que se niega a reconocer en Cristo su naturaleza humana.

En medio de esta maraña ideológica, descuellan los grandes doctores de la Iglesia que no eluden la polémica, no. Antes bien, la llevan adelante con una fe y una constancia bien aleccionadoras para nuestro mundo de hoy, tan dado a huir de ella.

Entre los de la Iglesia griega, contamos a San Atanasio, San Basilio el Grande, San Gregorio Nacianceno y San Juan Crisóstomo. Entre los de la latina, figuran: San Hilario, obispo de

Poitiers, San Ambrosio, San Jerónimo, San Agustín y San Gregorio Magno.

¡Pobre razón humana, tan orgullosa como humillada en el transcurso de los cinco primeros siglos de la era cristiana!

Pero ... ¿es que fue acaso más modesta y consecuente durante la Edad Media? No. Ni siquiera la triste experiencia de las anteriores singladuras históricas, pudieron frenar al hombre en su malsano deseo de novedades, en su ansia permanente de sentirse creador ...

Por eso, si durante la Edad Antigua tuvo la Iglesia que hacer frente, con empuje inexcusable, a las persecuciones sangrientas, al mismo tiempo que a los herejes, ahora se ve sola ante los bárbaros invasores, a la vez que deberá acudir prontamente a la defensa de su unidad doctrinal, amenazada por nuevas irrupciones heréticas.

SIGLO VI. Durante el siglo VI toman nuevo incremento los *Eutiquianos* o *Monofisitas*. Sus doctrinas hacen verdaderos estragos en Egipto y Siria principalmente.

SIGLO VII. Los *Monotelitas* predominan en el siglo VII. Afirman que en Cristo sólo existe una voluntad. Fue condenada esta herejía en el tercer concilio de Constantinopla (680).

También comienza en el siglo VII el *Mahometismo*. Poseídos sus seguidores de un ardor fanático y sanguinario, van conquistando prosélitos a golpes de alfange y cimitarra. Asia y Africa son sus fuertes. Pero llegarán a penetrar en España y traspasarán los Pirineos. Europa se verá amenazada. Y toda la cristiandad, conmovida.

SIGLO VIII. El siglo VIII está sacudido por las tropelías de los *Iconoclastas*. Sus violencias contra las imágenes sagradas las repiten, sin cesar, contra las personas. El segundo concilio de Nicea (787) tuvo como principal objeto la condenación de estos inquietos heresiarcas.

SIGLO IX. En este siglo, de triste memoria, la ambición desmedida de un hombre, Focio, había de allanar los caminos para una ruptura trágica: *El Gran Cisma de Oriente*. Usurpador de la sede Patriarcal de Constantinopla, fue amenazado de excomunión por el Papa Nicolás I. La reacción de Focio fue de rebeldía y hubo de ser condenado en el octavo concilio ecuménico celebrado en Constantinopla (869).

SIGLO XI. La dramática consumación del cisma fue obra de Miguel Cerulario. Ignorante y soberbio, desató su furor contra el Papado y se hizo nombrar Patriarca ecuménico. En el siglo XI quedó concluso el fatal rompimiento. La escisión que aún perdura. Rumanía, Grecia, Rusia, quedaron separadas de Roma, con inmenso dolor de la Cristiandad.

En este mismo siglo XI, *Berengario de Tours*, que negó la transubstanciación y la presencia real de Cristo en la Eucaristía, fue condenado por San León IX en un concilio celebrado en Roma (1050). Berengario se retractó durante el pontificado de San Gregorio VII. Murió en el seno del catolicismo.

SIGLO XII. En el siglo XII el Pontificado hubo de sufrir las duras embestidas de *Federico Barbarroja*. El tercer concilio de Letrán (1179) excomulgó a los antipapas que Federico, llevado de su descomunal apetencia, quiso oponer a Alejandro III.

Por otra parte, a mediados de este siglo, surgen varias sectas que vienen a revivir las falsedades gnósticas y maniqueas. Unos, los *Valdenses*, negaban obediencia a la Iglesia. Otros, los *Cátaros* o *Albigenses*, contradecían casi todos los dogmas cristianos y llevaban una vida de absoluto libertinaje, justificando incluso, teológicamente, la homosexualidad. Santo Domingo de Guzmán, gloria inmensa de España, fundador de la Orden de Predicadores, fue el martillo más firme de estos herejes y, a la vez, el salvador de muchos de ellos. El concilio IV de Letrán (1215) condenó los errores de ambas sectas.

SIGLO XIV. El siglo XIV lo llena el *Wickléfismo*. Juan Wick-

lef, natural de Inglaterra y profesor de teología en Oxford, impugna la autoridad del Papa. Gregorio XI condenó diecinueve proposiciones de este triste personaje, precursor, con Juan Hus, de las rebeliones luteranas y anglicanas.

SIGLO xv. Estamos ya en el umbral de la Edad Moderna. El *Husitismo* rompe con toda su fuerza demoledora. Juan Hus, lanza, en Alemania, su ofensiva contra la jerarquía eclesiástica y contra el Pontificado. Fue condenado en el concilio de Constanza (1414-1418), que pone fin asimismo al gran Cisma de Occidente.

A medida que la Iglesia condenaba todos estos errores, las grandes lumbreras del pensamiento cristiano elaboraban los fundamentos razonados de la fe. Sus nombres son hitos gloriosos de un fecundo pasado que abre todavía rutas al presente y las abrirá siempre al porvenir. San Anselmo, Pedro Lombardo, San Alberto Magno, San Buenaventura, Duns Escoto, Raimundo Lulio, San Raimundo de Peñafort y, descollando entre todos como un sol, Santo Tomás de Aquino, abren la marcha triunfal de la ciencia cristiana ... Tanto la *Summa Teologica*, como la impresionante *Summa contra Gentiles*, son dos monumentos ejemplares de cómo se debe combatir en pro de la defensa del dogma y de la Iglesia.

Es altamente significativo. La *Summa Teologica*, de Santo Tomás, mereció figurar junto a la Biblia en las deliberaciones del Concilio de Trento. Los compañeros del santo, impresionados por su rigorismo en guardar el silencio, le llamaron el "buey mudo". Al enterarse San Alberto Magno de tal mote afirmó clarivamente: "Sí, se le puede llamar buey, porque dará tan fuertes mugidos que resonarán en todo el universo".

SIGLO xvi. Es el siglo de las grandes defecciones. El *Luteranismo*, con su exclusiva justificación por la fe y la libre interpretación individual de la Biblia, deja francas las compuertas a todos los posibles desatinos de la mente humana. El *Calvinismo*, rompe el equilibrio de la libertad al asegurar que Dios tiene ya predestinadas al infierno a multitud de almas. El *Anglicanismo*, nacido

de las bajas pasiones de un rey lujurioso, Enrique VIII, sume a Inglaterra en el más espantoso caos doctrinal.

Sobre la posterior atomización y ridícula proliferación de estas tres sectas habría mucho que hablar.

El Concilio de Trento (1545-1563) fue el encargado de condenarlas. Convocado por el Papa Paulo III, en él se examinaron las enseñanzas heréticas y se formuló, con sin par claridad y precisión, la doctrina católica atinente a las verdades dogmáticas y a las normas disciplinares emanadas de la Iglesia.

Un conjunto de teólogos de primera línea pone al descubierto los errores y falsas concepciones protestantes. Diego Laínez, Suárez, Salmerón, Melchor Cano, Soto, Fray Luis de Granada, Belarmino ...

SIGLO XVII. Este siglo alumbra el *Jansenismo*, perniciosa escuela que, bajo una capa aparente de piedad rigurosa, socava los fundamentos de la fe cristiana. El Papa Inocencio X hubo de condenar inexorablemente los errados principios vertidos por Jansenio.

Figura destacadísima contra esta herejía fue San Vicente de Paúl, el santo de la caridad, pero el santo también de la energía viril en las duras batallas intelectuales contra los deformadores de la doctrina multisecular de la Iglesia.

SIGLO XVIII. El siglo XVIII es el feudo histórico del *Racionalismo*. Las ideas dieciochescas están representadas por dos autores principalmente: Voltaire y Rousseau. Voltaire, el hombre que aconsejaba la mentira como arma de triunfo, es ariete dirigido contra el altar. Rousseau, tipo repulsivo que abandona a sus propios hijos, es catapulta dirigida contra el trono. Trono y altar —autoridad divina y autoridad humana—, pilares fundamentales en toda sociedad bien constituida, se tambalean. Entonces, aparece el espectro sangriento de la *Revolución*. Voltaire y Rousseau son como dos ríos formidables que confluyen y vierten sus aguas en un mar común: la Enciclopedia. Esta encuentra un hombre de

habilidad satánica para aunar ambas fuerzas disolventes: Dionisio Diderot.

Ha periclitado, en la mente de los rectores del pensamiento, de los intelectuales, la luz de la fe. Sin fe, el mundo queda reducido a lo fáctico, a lo puramente fenomenológico. Con fenómenos, exclusivamente, no existen convicciones. Y sin convicciones, no hay principios. Ya puede el hombre preguntarse libremente: ¿qué es el bien?, ¿qué es el mal?, ¿qué es la verdad?, ¿qué es la mentira?, ¿por qué no se puede injuriar?, ¿por qué no se puede robar?, ¿por qué no se puede matar?

Están, por consiguiente, bien plantados los fundamentos de la Revolución. Llegamos a 1789. ¡Adelante! Y crujió, hecha añicos, la Bastilla. Rodarán cabeza y corona de Luis XVI. No habrá piedad para María Antonieta. Funcionará día y noche la guillotina. Arderán las iglesias. Se establecerá el Terror que, con una lógica implacable, exterminará a los mismos que lo establecieron: Marat, Danton, Robespierre... Se proclamarán pomposamente los "Derechos del Hombre", sin tenerse en cuenta que éste es, fundamentalmente, un complejo de deberes. Tenía razón Condorcet cuando escribió refiriéndose a Voltaire: "El no ha visto todo lo que hizo, pero es él quien hizo todo lo que vemos".

¡Dramático balance el de la herejía racionalista!

SIGLO XIX. A principios de este siglo, Napoleón Bonaparte quiso restablecer en Francia el culto católico. Firmó un Concordato con Pío VII. Luego, pretendió pasar su cuenta de servicios a la Iglesia. Exigió del Papa una serie de hipotéticos derechos que iban en detrimento de la autoridad eclesiástica. De los labios del Sumo Pontífice volvió a salir el *non possumus* de los tiempos apostólicos. Pío VII fue llevado prisionero, entre inauditos vejámenes, a Savona y a Fontenebleau por orden del Emperador.

¡Pobre Napoleón! Años más tarde firmaba su abdicación en esta última ciudad. Y cuando todas las naciones europeas negaban asilo a los miembros de la destronada familia imperial, el perseguido Pío VII los acogió en Roma con brazos amorosos de padre...

La intransigencia doctrinal de Pío VII no fue obstáculo a su inmensa capacidad de amor y de perdón, a su bien probada caridad con las personas.

A través de todo el siglo XIX sigue latente el mismo espíritu de rebeldía, de insubordinación, revolucionario, que predominó en el anterior. Augusto Comte enseña el *Positivismo*, que sólo admite como verdadero aquello que los sentidos perciben, con total ausencia de lo trascendente. El *Liberalismo* invade el campo de la vida política y social, propugnando la separación de la Iglesia y el Estado, a la par que busca un desdoblamiento hipócrita en la vida personal: públicamente ateo y privadamente lo que convenga ser. Consecuencia lógica de este último sistema: el *Socialismo*. Y unida a todos estos errores, incrementándolos, fomentándolos, con apariencia benefactora y altruista, la *Masonería*.

Entre todos estos errores, quizá ninguno tan pernicioso como el *liberalismo* doctrinal, por su fácil adaptación y hasta por revestirse, a veces, de apostólico celo. Felicitas Lamennais, hombre inteligente y captador de ánimos, reunió en torno a sí a un grupo de figuras de singular relieve. Entre ellas, Lacordaire y Montalembert. Funda el periódico *L'Avenir* como órgano de expresión de sus ideas. Desde él propugna por la separación de la Iglesia y el Estado.

El 15 de agosto de 1832, Gregorio XVI condena estas doctrinas por medio de su encíclica *Mirari vos*. Lacordaire y Montalembert se someten. Lamennais, engreído y resentido a la vez, apostata y es objeto de nueva condenación, el 22 de junio de 1834, por la encíclica *Singulari Nos*.

Aquí terminaba, con triste epílogo, un hombre que quiso servir a la Iglesia; pero no como ella quiere ser servida, sino como su capricho y talante le ordenaban.

Las voces augustas de los Sumos Pontífices, vigilantes de la grey del Señor, no descansan un momento. El *Liberalismo* es nuevamente condenado por Pío IX en las encíclicas *Qui pluribus*, de 9 de noviembre de 1846, y *Quanta cura*, de 8 de diciembre de 1864, acompañada del *Syllabus*, en el que se recogen ochenta proposiciones heréticas. La *Masonería* recibe los anatemas ponti-

ficios a través de los siguientes documentos, entre otros: constitución *In Eminentí*, de Clemente XII, en 1783; constitución *Providas*, de Benedicto XIV, en 1751; Letras Apostólicas *Ecclesiam a Jesu Christo*, de Pío VII, en 1821; Constitución *Quo Graviora*, de León XII, en 1825; encíclica *Tradidi*, de Pío VIII; y, sobre todo, encíclica de León XIII, *Humanum Genus*, de 20 de abril de 1884, el documento más completo esclarecedor de esta sociedad secreta "que pugna, según el Papa, con la justicia y probidad naturales".

Secundando la acción de los Papas, emergen los grandes apologistas, tan sumisos al Papado, como firmes deladores de las desviaciones doctrinales. Francia puede enorgullecerse de Luis Veuillot, maestro de periodistas, de Monseñor Pie, de Dom Guéranger. España puede mostrar al mundo, con maternal complacencia, a un conjunto de pensadores universales, entre los que destacarán siempre el talento sereno de Balmes y el genio incandescente de Donoso Cortés ...

SIGLO XX. Apenas abierto a la vida el siglo xx, un Papa santo, Pío X, ha de enfrentarse con la llamada herejía *Modernista*. Primero, en el Decreto *Lamentabili*, de 3 de julio de 1907, después en la grandiosa encíclica *Pascendi*, de 8 de septiembre del mismo año; este dulce y enérgico Pontífice pone a las claras las tortuosas tretas modernistas para perturbar a las mentes fieles y sumisas a la Iglesia. La define como "un agregado de todas las herejías". Y puntualiza acerca de los manejos subrepticios de sus más conspicuos seguidores y representantes.

Yo destacaría tres puntos que me parecen de viva actualidad.

Primero. Cómo los modernistas "andan a la caza de profesorías, las cuales convierten poco a poco en cátedras de pestilencia".

Segundo. Cómo eluden sistemáticamente a los grandes autores católicos "oponiéndoles la conjuración del silencio".

Tercero. Cómo aderezan sus enseñanzas y escritos con citas de autores heterodoxos y "tales son las alabanzas que prodigan a los mantenedores de esos errores, tales los honores que públi-

camente le tributan, que hacen creer fácilmente que lo que pretenden honrar no son las personas, merecedoras acaso de alguna consideración, sino más bien los errores que a las claras profesan y que se empeñan con todas veras en esparcir entre el vulgo”.

El Pontificado de Pío XI, uno de los más notables de toda la Historia, es de pasmosa fecundidad. Dos graves herejías perturban la paz de los espíritus y de la Iglesia. El *Comunismo*, con su andamiaje marxista-leninista y su materialismo dialéctico, activista y combativo; y el *Totalitarismo* que, no obstante beber en las mismas fuentes metafísicas que el primero, exalta el nacionalismo racista, con una mentalidad absolutamente naturalista y atea.

El 14 de marzo de 1937 lanza Pío XI su encíclica *Mit brennender Sorge*, acerca de la Iglesia en el Reich germánico. Hubo mucho silencio significativo en torno a este documento. Algunos católicos se atrevieron a censurar al Papa: se trataba, decían, de una clara ingerencia del Romano Pontífice en el terreno político. Entonces Alemania aparecía invicta. Pasados los años, el mundo pudo contemplar, atónito, hasta qué extremo tuvo razón Pío XI cuando execró un movimiento que, andando el tiempo, había de exterminar, fría y deliberadamente, a seis millones de hombres en horripilantes crematorios públicos.

El 19 de marzo del mismo año 1937 aparece la encíclica *Divini Redemptoris*. En ella se reprueban las máximas comunistas, fundadas “hoy sobre los principios del materialismo dialéctico e histórico proclamados antes por Marx, y cuya única y genuina interpretación pretenden poseer los teorizantes del bolchevismo. Esta doctrina enseña que no exista más que una sola realidad, la materia con sus fuerzas ciegas, la cual, por evolución, llega a ser planta, animal, hombre”. De los estragos del comunismo es víctima hoy el mundo entero.

Durante el Pontificado de Pío XII la Iglesia asestó nuevo golpe a las habilidades comunistas. El 1 de julio de 1949, la Suprema Congregación del Santo Oficio promulgaba un decreto sobre la actitud de los cristianos ante el Comunismo. Publicado el 13 de julio, fue aprobado el día 30 por el Papa. Es un decreto

disciplinar por el que se prohíbe a los católicos toda concomitancia con los movimientos comunistas.

Un rebrote del *Modernismo* vuelve a entristecer el rostro de la Iglesia. Pío XII, en cuyo pontificado la Cátedra de Pedro llega al máximo prestigio universal, intenta cortarlo por medio de la encíclica *Humani generis*, de 12 de agosto de 1950. Se trata de la Teología nueva, con un injerto tan antiguo como la más vetusta de las herejías: el *Irenismo*. Se basa éste en un relativismo de la verdad. En un malsano deseo de vivir la unión a toda costa, deja el acervo doctrinal de Cristo hecho jirones en poder de sus enemigos. Es la táctica de la mano tendida para entregar medias verdades y recibir, a cambio, medias mentiras. Es un movimiento difuso y ladino, que mata las aristas y suprime los contornos, para acabar en confusa nebulosa. Negación de la más elemental gallardía ideológica, es un agradable refugio para toda mediocridad ... Clima ideal para tibios y mentes subdesarrolladas.

La primera encíclica de Juan XXIII *Ad Petri Cathedram*, de 29 de junio de 1959, trató acerca de la verdad. Según el Papa, "la causa y raíz de todos los males que, por decirlo así, envenenan a los individuos, a los pueblos y a las naciones, y perturban las mentes de muchos, es la ignorancia de la verdad. Y no sólo su ignorancia, sino, a veces, hasta el desprecio y la temeraria aversión a ella. De aquí proceden los errores de todo género que penetran como peste en lo profundo de las almas y se infiltran en las estructuras sociales, *tergiversándolo todo...*".

¡Tergiversándolo todo! Esta es la característica de las fuerzas ocultas del mal durante el Pontificado de Juan XXIII, de cuya buena fe y santidad tanto abusaron. Los primeros momentos de este reinado papal se asemejan mucho a los primeros en que gobernó la Iglesia Pío IX. Este tuvo tiempo de cortar el mal, aunque a costa casi de su propia vida. Juan XXIII murió llorando tanta traición parapetada tras su innata bondad y su credulidad excesiva ...

Durante el reinado de Pablo VI el *Progresismo* arrecia. En su primera encíclica *Ecclesiam suam*, vuelve a condenar el *Naturalismo*, el *Sincretismo*, el *Irenismo*, el *Comunismo*, el *Escepti-*

cismo, errores todos de que se aprovecha el *Progresismo-Modernismo* para desarticular a la Iglesia, o mejor aún, utilizando un vocablo del mismo Papa, para *autodemolerla*.

La autodemolición es demolición interna, sistemáticamente llevada a cabo por elementos infiltrados que no quieren salir de la Iglesia, sino realizar la revolución desde su interior. Estamos quizá ante la herejía peor de todos los tiempos. Frente a ella, nos ha dicho persona tan poco sospechosa de parcialidad como Maritain: "el modernismo del tiempo de Pío X no era más que un modesto resfriadillo".

Todo se ha puesto en tela de juicio, en una campaña orquestada por los grandes medios de propaganda actual. Podemos resumir el estado caótico en que vivimos utilizando palabras del Papa en su Exhortación apostólica de 22 de febrero de 1967:

"Y mientras que el sentido religioso se debilita en los hombres de nuestro tiempo, privando de esta forma a la fe de su fundamento natural, por todas partes aparecen en el campo de la doctrina católica opiniones proféticas o teológicas, nuevas, frecuentemente tomadas de filosofías foráneas, atrevidas, pero ciegas. Estas opiniones ponen en duda o deforman la significación objetiva de verdades que la Iglesia enseña en virtud de su autoridad; bajo el pretexto de adaptar el pensamiento religioso a la mentalidad moderna, dejan de tenerse en cuenta directrices del Magisterio eclesiástico, se imprime a la especulación teológica una orientación radicalmente historicista, y se llega hasta despojar el testimonio de la Sagrada Escritura de su carácter histórico sagrado, esforzándose por introducir en el pueblo de Dios un espíritu sedicente "posconciliar".

Se ha combatido el misterio de la Eucaristía. Y Pablo VI ha publicado una carta encíclica, *Mysterium fidei*, de 3 de septiembre de 1965, donde se nos recuerda que Cristo está en la Sagrada Eucaristía con su cuerpo, sangre, alma y divinidad.

Se han combatido los mismos fundamentos de la fe. Y Pablo VI ha publicado, el 30 de junio de 1968, el *Credo* del pueblo de Dios, porque ve el Papa, según sus propias palabras, que "al-

gunos católicos se dejan llevar de una especie de pasión por el cambio y la novedad”.

Se ha combatido la santidad sacerdotal y la más preciosa de sus manifestaciones, el celibato, y Pablo VI ha publicado su carta encíclica *Sacerdotalis coelibatus*, de 24 de junio de 1967, recordando verdades elementales que venían consagradas por veinte siglos de ascética cristiana ...

En la *Dolorosa Pasión de Nuestro Señor Jesucristo*, escrita por Sor Ana Catalina de Emmerich (Madrid, 1896, Sexta edición. Hijos de Gregorio del Amo; pág. 178), dice la famosa religiosa vidente: “Los sacerdotes de Dios habíanse vuelto sacerdotes de Satanás”.

Quizás hoy, como entonces, sea ésta precisamente la mayor tragedia que vive el catolicismo y la Iglesia: la defección, la traición, la deserción masiva de sacerdotes y religiosos que luchan por imprimir en la Iglesia la vida depravada que ellos llevan, justificada por doctrinas inventadas para cada caso concreto. Los seminarios quedan vacíos. Los conventos y noviciados se despueblan. Con las monjas, en muchísimas ocasiones, se recurre al lavado de cerebro. Es, sin duda, la hora de las grandes traiciones contra la Iglesia. Todo está permitido, por otra parte, contra aquellos que se oponen a esta pública almoneda de la fe y de las costumbres, de la doctrina y de la moral.

Però no olvidemos jamás que la norma fundamental de la Iglesia es la verdad y que, mientras Cristo esté con Ella, las puertas del infierno no prevalecerán.

APENDICE II

La razón, puerta abierta a la fe.

Dice, a este respecto, MARITAIN:

“Pienso que la filosofía es obra de la razón y como tal está fundada sobre las evidencias naturales y no sobre la fe; mas, pienso también que la razón misma, que no

es un mundo cerrado, sino abierto, no cumple bien sus obras más elevadas y no alcanza su propia plenitud sino cuando está ayudada y vivificada por las luces que vienen de la fe" ("De Bergson a Santo Tomás de Aquino". Club de lectores. Buenos Aires, 1964; pág. 100).

GARCÍA MORENTE escribe:

"La fe no es, pues, negación de la razón, sino complemento de ella. El acto de fe es el perfeccionamiento, el remate del edificio construido por la ciencia y la filosofía, que, habiéndonos llevado como por la mano a la linde del mundo natural, señala como última conclusión de la humana sapiencia hacia ese reino donde está Dios, donde empiezan los dominios del Ser divino". ("Idea de la Hispanidad". Espasa Calpe. Madrid, 1947; pág. 123).

El profesor GREGORIO R. DE YURRE expone:

"Nuestra filosofía necesita descubrir el fundamento último y esto no puede hacerse sin recurrir a Dios. Por eso la ley de la naturaleza humana es, en último término, ley divina. El agnosticismo siempre dejará insatisfecha a la inteligencia, porque le corta el vuelo y la tendencia natural a buscar el fundamento último de las leyes naturales" ("Ética". Editorial ESET. Vitoria, 1962; págs. 549-550).

ISMAEL QUILES nos dice, al hablar de Blondel:

"... ya que es la actitud religiosa, en supremo grado, el fin a que necesariamente debe llegar el filósofo, según Blondel; y esto no sólo tratando de la religión natural, sino también de una religión sobrenatural y positiva, superior a las fuerzas de la naturaleza humana, cual es el cristianismo" ("Filosofía de la Religión". Austral. Argentina, 1949; pág. 77).

ALGUNOS ASPECTOS DE LA LUCHA POR LA VERDAD

JOSEF PIEPER también abunda en este pensamiento:

“No hay pregunta filosófica alguna que si quiere llegar al fondo, al fundamento de lo que pregunta y al de sí misma, no tropiece con la roca primaria de afirmaciones teológicas” (“Sobre el fin de los tiempos”. Biblioteca del Pensamiento actual. Madrid, 1955; pág. 19).

El P. SANTIAGO RAMÍREZ nos adoctrina:

“La filosofía reconoce este destino del hombre, que sólo puede consistir en su unión con Dios. Sólo Dios es causa propia del alma humana por creación directa e individual y, por consiguiente, sólo Dios puede ser su último fin, ya que la causa eficiente y la causa final se corresponden mutuamente” (“Pueblo y gobernantes al servicio del bien común”. Euramérica. Madrid, 1956; página 19).

DONOSO CORTÉS había escrito en el capítulo I del Libro I de su “Ensayo”:

“M. Proudhon ha escrito en sus “Confesiones de un revolucionario” estas notables palabras: «Es cosa que admira el ver de qué manera en todas nuestras cuestiones políticas tropezamos siempre con la teología». Nada hay aquí que pueda causar sorpresa, sino la sorpresa de M. Proudhon. La teología, por lo mismo que es la ciencia de Dios, es el océano que contiene y abarca todas las ciencias, así como Dios es el océano que abarca y contiene todas las cosas” (“Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo”. Obras Completas de Donoso Cortés de la B. A. C. Madrid, 1956; pág. 347).

Vale la pena parar mientes y reflexionar sobre este bello texto del filósofo Peter Wust dirigido a sus discípulos como despedida desde su lecho de muerte:

“... si ustedes me preguntasen ahora antes de irme, definitivamente, si conozco alguna clave mágica que puede abrirle a uno la puerta última que conduce a la sabiduría de la vida, yo le contestaría que sí. Y esta clave mágica no es la reflexión, como tal vez esperasen oír de un filósofo, sino la oración. La oración entendida como entrega definitiva, lo hace a uno tranquilo, infantil, objetivo. Yo pienso que un hombre se adentra más y más en el ámbito de la humanidad (no del humanismo), a medida que está mejor dispuesto para orar, con tal de que se trate de auténtica oración” (Alfonso López Quintas: “Pensadores cristianos contemporáneos”. B. A. C. Madrid, 1968; pág. 51).

APENDICE III

Apología de la intransigencia doctrinal.

La intransigencia doctrinal es una necesidad ontológica en la defensa de la verdad. El mesurado no se contrapone al intransigente, como se ha querido hacer ver por algunos, no. Medura equivale a moderación, a comedimiento. La medida posee mucho de cortesía y de equilibrada serenidad; pero ella nada tiene que ver con el pacto. Y mucho menos con la falta de carácter para defender los principios y las actitudes que se estiman verdaderos. Se puede ser intransigente y mesurado, transigente y redomado truhán. La medida es siempre una virtud humana. El pacto, no. A veces, sí, será un acto plausible. Otras, simple villanía.

Escribe FULTON J. SHEEN:

“Odiando el pecado y amando a los pecadores; condenando el comunismo y amando a los comunistas; despreciando la herejía y amando a los herejes; recibiendo de nuevo a los errados en el tesoro de su corazón, pero sin admitir jamás el error en el tesoro de su sabiduría; per-

ALGUNOS ASPECTOS DE LA LUCHA POR LA VERDAD

donando a los pecadores que la sociedad ya había condenado, pero mostrándose intolerante ante los que pecaron y cuyo pecado permaneció impune a los ojos de los hombres, reservó, sin embargo, sus más destructivas explosiones de ira para aquellos que siendo pecadores negaron el pecado, para aquellos que siendo culpables dijeron que sólo tenían un complejo. Finalmente, fue El quien desató en explosiones de ira al contemplar proféticamente la condenación y ruina de aquellos enfermos de cáncer moral que rehúsan aprovecharse de la medicina que El adquirió a precio mucho más elevado que la sangre de corderos" ("Vida de Cristo". Barcelona, 1961; pág. 10).

En su extraordinaria obra *Cuerpo Místico de Cristo* nos dice este excepcional y popular obispo americano:

"La tolerancia y la intolerancia se aplican a dos cosas completamente diferentes: la tolerancia se aplica a las personas, pero nunca a los principios; la intolerancia se aplica a los principios y nunca a las personas. Debemos ser completamente intolerantes con las verdades matemáticas, pero tenemos que ser tolerantes con el matemático."

"Nada hay más terriblemente exclusivo que la verdad. Debemos ser intolerantes con la verdad porque ésta es hechura de Dios y no nuestra."

"La intolerancia es esencial cuando las verdades están en peligro; de otra manera degenerarían en una espina dorsal de una consistencia gelatinosa. Cuanto más fuerte es la vida, más resistente es el esqueleto; cuanto más divina es la verdad, más intolerantes debemos ser con el error". ("Cuerpo Místico de Cristo". Editorial Difusión. Chile, 1943; págs. 170 y sigs.).

Veamos lo que a este respecto nos dice BALMES:

"Tienen, es verdad, ciertos filósofos incrédulos un triste

título a sus pretensiones sobre la extensión de la tolerancia, y es que, habiendo llegado a sembrar la incredulidad y el escepticismo, han generalizado, así en los Gobiernos como en los pueblos, aquella falsa tolerancia, que no es ninguna virtud, sino la indiferencia por todas las religiones" ("El Protestantismo...". B. A. C. Obras Completas. Tomo IV, 1949; pág. 347).

"... en la palabra tolerancia referida a opiniones se envuelve la significación de tolerancia de errores. Quien está por el sí tiene por falso el no; y quien está por el no tiene por falso el sí. Esto no es más que una simple aplicación de aquel famoso principio: es imposible que una cosa sea y no sea al mismo tiempo" (Ibidem; pág. 342).

También JEAN GUITTON defiende la intransigencia doctrinal:

"Del lado de la ortodoxia advierto el sentimiento muy vivo en los Papas de su deber de fidelidad al depósito de la fe, la idea de que sería preferible una Iglesia reducida al extremo que una Iglesia que hubiera hecho concesiones en lo esencial, que no se puede trapear en cuestiones de fe más que en geometría y que a través de la intransigencia se hace un auténtico servicio a los siglos futuros" ("Diálogo con los precursores". Ediciones Taurus. Madrid, 1963; pág. 171).

PIETER VAN DER MEER DE WALCHEREN nos da su opinión:

"El cristianismo no tolera la indecisión, es grave como la sangre, exige la totalidad de todo mi ser. El cristianismo del Evangelio, de la Iglesia, requiere el máximo heroísmo: es decir: requiere la temeridad máxima de que seamos capaces durante toda nuestra vida. En el "sí" no puede ocultarse jamás una reserva, una mirada de soslayo hacia el "no". Servir a dos señores queda abso-

ALGUNOS ASPECTOS DE LA LUCHA POR LA VERDAD

lutamente excluido" ("La Gran Aventura". Ediciones Carlos Lohlé. Buenos Aires, 1954; pág. 61).

Escuchemos a MENÉNDEZ PELAYO:

"La llamada tolerancia es virtud fácil; digámoslo más claro: es enfermedad de épocas de escepticismo o de fe mula. El que nada cree, ni espera en nada, ni se afana y acongoja por la salvación o perdición de las almas, fácilmente puede ser tolerante. Pero tal mansedumbre de carácter no depende sino de una debilidad o eunuquismo de entendimiento" ("Historia de los Heterodoxos". C. S. de Invest. C. Madrid, 1947. Tomo IV; pág. 410).

"No conozco en el mundo moderno papel más triste que el de estos teólogos mansos y conciliadores (mucho más triste cuando autorizan y realzan su persona la mitra y el roquete) que bajan a la arena, cuando más empeñada arde la lid entre Cristo y las potestades del infierno, y en vez de ponerse resueltamente al lado del vexillum regis, se colocan en medio, con la pretensión imposible de hacerse oír y entender de unos y otros, de sosegar los contrarios bandos, de casar lo blanco con lo negro, y de llegar a una avenencia imposible con la revolución, que, anticristiana por su índole, acaba por mofarse siempre de tales auxiliares, después de haber aprovechado y mal pagado sus servicios" (Ibidem. Tomo VI; pág. 137).

Y la voz del gran APARISI y GUIJARRO:

"Yo diré que en cierto sentido la Iglesia católica ha sido, es y no puede menos de ser intolerante; porque la Iglesia católica es la verdad, y la verdad no puede ser tolerante porque es verdad. El error puede vivir en compañía de otros errores, que hermanos son y pertenecen a una misma familia; pero la verdad es un sol que no consiente tinieblas. Al decir, yo soy la verdad, dice tam-

bién: todo el que no es yo, es mi enemigo, y yo lo combato; yo combato el error, aunque ame y compadezca al que yerra" ("Antología". Ediciones FE. Madrid, 1943; página 165).

El gran teólogo dominico SERTILLANGES nos enseña:

"Dejemos a la Iglesia de Jesucristo con su divina intransigencia, con su grandeza que nunca se compromete aunque es benévola para con todos y para con todo, respetuosa de toda partícula de verdad y favorecedora de quien la descubre, siempre que se deje en la corriente, y esté sometida a Dios, que es el Padre de las luces, y a su Verbo encarnado que ilumina a todo hombre que viene a este mundo" ("La Iglesia". Editorial Difusión. Tomo II. Buenos Aires, 1946; pág. 151).

VÁZQUEZ DE MELLA expone:

"Si la luz penetra, la sombra se desvanece; si el error sale, la luz queda eclipsada. Querer conciliarlas sería como pactar un crepúsculo perpetuo entre la noche y el día, para negar a los dos" (Vázquez de Mella: Obras Completas, editadas por la Junta del Homenaje. Madrid. Tomo XXII; pág. 198).

"El conocimiento precede a la volición, porque nadie quiere lo que no conoce; pero la voluntad, una vez despertada, mueve y aplica el entendimiento en dirección al objeto que anhela. Por eso el que cree, ama, y el que ama, aborrece todo lo que se opone a su fe y a su amor. Pedirle que transija es pedirle que abdique, y eso sólo puede exigirlo una fe y un amor más grande que los suyos. La tolerancia, que es el vacío que dejan al ser expulsados del alma, no tiene más que un derecho, el de cederles el sitio" (Ibídem: Tomo XXII; págs. 201-202).